

Por el Excmo. Y Rvdmo. Sr. D.

Antonio Vilaplana Molina

Obispo de León

Señoras y Señores:

No sé cómo estoy aquí, ante Uds., para pronunciar el Pregón de la Semana Santa de este año. Acepté la oferta tal vez en un momento de debilidad, y ahora me siento como un intruso en la larga nómina de personajes ilustres que me han precedido en este menester durante mi pontificado, desde D. Gregorio Peces-Barba hasta D. Antonio Trobajo. No tengo dotes literarias; no tengo lógica expositiva propia del género oratorio; hasta mi castellano es deficiente y se nota en él la traducción desde mi lengua materna. Sin embargo, estoy dispuesto a pasar por este trance, como tal que mi actuación sirva para el esplendor de nuestra Semana Santa.

NUESTRA SEMANA SANTA.

Dios sabe todos los idiomas, conoce cada una de las culturas y entiende cualesquiera grados del saber humano. Las singularidades de razas, comarcas, diócesis y hasta de parroquias, redactan textos, componen músicas y dictan gestos que hacen que Dios escuche labios auténticos. Pero la unidad de la familia cristiana requiere también lazos humanos visibles con que se abracen los católicos de todos los meridianos. Es bello y es conveniente que haya actos litúrgicos idénticos para todos, junto con los peculiares de cada uno. Vaya, pues, por delante advertir que, al ser el Obispo de la Diócesis quien, en este año, pronuncia el pregón literario de la Semana Mayor, pueda yo hablar, a un mismo tiempo, de la devoción o de la adoración, en su expresión litúrgica y es su expresión popular.

Durante todo el año, pero particularmente en la Semana Santa, la Liturgia, impregnada de Magisterio Eclesial, se despliega sobria, culta y precisa. Junto a ella, se despliega también el aparato devocional, popular, espectacular incluso, de vuestras Cofradías. Cristos crucificados o yacentes, sanguinosos y exangües; Vírgenes con mantos de terciopelo negro, maceradas por el dolor; y, después, la alegría de la Pascua en las procesiones del Encuentro. Ahí está, a presión de siglos, lo que la Iglesia docente ha enseñado y lo que la Iglesia discente ha aprendido; pero ambas fundidas en una sola, porque una y única es la Iglesia de Cristo.

La Semana Santa de las Cofradías es una espléndida catequesis, servida en un marco de belleza para quien tenga pizca de sensibilidad. Y no se trata –no- de insinuar una lección de Estética. Simplemente quiero decir que estoy convencido de que los genios del arte son unos excelentes exegetas, sin los cuales bien desmedrada quedaría nuestra vivencia del Evangelio. Ahí están como ejemplo Velásquez, con su famoso cristo, y Miguel de Unamuno, con su meditación poemática sobre la obra del gran pintor. La celebración de la Semana Santa, en su versión litúrgica y en su versión popular, presentan a nuestra consideración, sin parcelarla, sin fragmentarla, la pasión y la muerte del Redentor. Bellas son las columnas del Partenón de Atenas, pero no son el bello Partenón.

No quiero cansarles y para que puedan seguir el ritmo del tiempo que voy a emplear en mi exposición, les anticipo ya en el principio los epígrafes en que he dividido este Pregón: ADORACION, CELEBRACION, NOSTALGIA, LA SEMANA SANTA AHORA, PARENTESIS SOBRE LA SOCIOLOGIA DE NOMBRE DE LA VIRGEN Y OTRA VEZ LA NOSTALGIA.

1º. DEVOCION, ADORACION

Empecemos con unos comentarios sobre el concepto de adoración y las consecuencias que de él podemos derivar.

¿Llegará un día a fundirse de tal modo el hombre con la sociedad que ni el elogio ni el vituperio tenga sentido? ¿Qué ni haya superiores, ni inferiores ni mío y tuyo? ¿desaparecerá hasta la cortesía por muerte de todo lo que no sea fría e inexorable justicia e igualdad?

¿Una sociedad en que los hombre sean todos igualmente fuertes, laboriosos, inteligentes? ¿en que el ingeniero no gane más que el peón? ¿En que todo sea servicio, sin cárceles, sin cuarteles? Pero ¿sin templos y sin expresiones religiosas? Ya hay gente que quiere adelantarse y quiere suprimir las Iglesias, sin esperar a que no haya delincuentes, enfermos soldados.

Pues bien, cuando todo seamos iguales, Dios continuará siendo desigual. Infinito, inmenso, perfecto, creador, conservador de los seres y santificador de los mismos. La historia podrá archivar muchos conceptos de admiración y de obediencia; pero, cuando en el mundo, por haber desaparecido toda desigualdad y discriminación, no haya lugar a reverenciar ni admirar a hombre alguno, existirá la adoración a Dios a quien el hombre tendrá que admirar cada día con mayor motivo y con mayor conciencia.

2º. CELEBRAR

Las Cofradías se preparan para celebrar la Semana Santa. ¿qué es celebrar? Celebrar es manifestar exteriormente la adoración interior. Escogemos esta definición del Diccionario de la Real Academia: celebrar es "venerar solemnemente con culto público los misterios de nuestra santa religión".

Venerar. Es claro que veneración, respeto o amor tienen características distintas según las circunstancias del objeto venerado. Un superior venerará, respetará o amará a su súbdito, si se desvive por gobernarlo bien. Un súbdito respetará, venerará, amará a su superior, obedeciéndole.

Bueno. Pues hay también una celebración de la Palabra que exige veneración, respeto y amor con características muy específicas; nos lo dijo el mismo Jesucristo: escucharla, vivirla y practicarla. Lo que pasa es que la palabra siempre a tenido en la Iglesia dos manifestaciones: la lectura o la predicación, y el rito. Es decir, la palabra audible y la palabra visible. También los gestos, los símbolos y los monumentos – mudos-- son o pueden ser elocuentes predicaciones.

El Papa Pablo VI dice a este propósito en la Exhortación EVANGELII NUNTIANDI: la piedad popular "comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante; engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz cotidiana, aceptación de los demás, devoción. Teniendo en cuenta esos aspectos, la llamamos gustosamente "piedad popular", es decir, religión del pueblo, más bien que religiosidad" (E.N. nº 48).

Los templos no son exclusivamente cobijo y redil de la grey de Cristo, o aula de asambleas de creyentes; sino –y quizá primariamente- monumentos a la Divinidad y altavoces de la voz del Espíritu que llama a todos.

El toque de campanas despierta y arraiga el recuerdo de Dios. Llama a la oración por los difuntos o enfermos. Sacude dulcemente el ánimo para acudir a misa y a otros ejercicios devotos.

Vuestros desfiles procesionales, con ritmo casi litúrgico, con bellos pasos de Nazarenos, de Cristos crucificados o yacentes, de Vírgenes con mantos de terciopelo negro, maceradas por el dolor, son –o pueden ser– una predicación muy elocuente.

Y en otro orden de cosas, ¿por qué hacer aspavientos ante la inculta sencillez de muchas devociones populares que, en frases rudas o en ingenuos versos, llevan clara y sólida doctrina?

3º. NOSTALGIA

Permitidme que traiga aquí recuerdos personales de mi infancia. Por ser recuerdos personales, quizá lleven una carga de sentimentalismo que sólo a mí interesa. Pueden, sin embargo, ilustrar las explicaciones que intentaré dar posteriormente.

a) Ha pasado ya más de medio siglo. Era entonces mi pueblo, como lo es ahora, un haz de chimeneas que hienden el aire; una nube de humo y fuego las envolvía; era índice y desahogo de la fragua en sus entrañas. Alrededor de esa fragua se agitaba una falange de hombres del lingote de hierro; de los convertidores de acero salían, como en una procesión de dominios encendidos, los largos prismas de cock. O la lanzadera iba y venía con sus chasquidos a través de la trama en los telares. Jadeo de máquinas, crepitar de motores, silbo de sirenas, ruido de logia dantesca.

Ese era -es- mi pueblo. Y cuando sobre ese rincón de fiebre caían el Jueves y el Viernes Santos, moría el ruido y el trajín de los hombres. A los niños nos daba la impresión de que habíamos saltado a otro mundo. En las calles, las procesiones; y en las parroquias, el oficio de Tinieblas. No se oía el rodar de un carruaje, ni la estridencia de un motor, ni el rumor de un café medio entornado, ni el grito de un chiquillo, ni el bisbiseo de un curioso.

b) En la calle, las Procesiones. Pasa el Cristo sin voz; el Cristo muerto. El de la cabeza mansamente caída y coronada de espinas, el de la cara surcada por arroyuelos de sangre, el del pecho levantando en el último estertor de la agonía, el de las manos y los pies marcados por los clavos, el del costado atravesado por la lanza.

Pasa el Nazareno yacente en la procesión del Santo Entierro. Avanza lentamente. Avanza a intermitencias el Cristo como empujado por ráfagas de viento en el seno de una nube incienso. Es también la procesión del silencio. Ni una voz, ni un cuchicheo. Silencio como de monjes que se

levantan a mañitines al filo de media noche. Muy pocos murmullos en las aceras. Solamente golpes, a veces secos a veces húmedos, de los varales del Palio, acompasados, que marcan el ritmo de las procesiones.

c) En la parroquias, el Oficio de Tinieblas, En el presbiterio el coro de sacerdotes y la schola cantorum; la mesa del altar desnuda; las imágenes cubiertas de lienzos morados; al lado de la epístola, el tenebrario. Sus catorce cirios verdosos en dos filas convergentes subían "quietos" con sus luces hacia la cumbre del triángulo. La llama de una vela blanca presidía desde el vértice superior. La liturgia del Oficio de Tinieblas concedía entonces preferencias a este candelabro singular.

Las Tinieblas, lentas y ordenadas, iban ascendiendo, y con sus pisadas extinguían una a una, salmo a salmo, las luces de los cirios verdes. David el Rey, Isaías, Jeremías, secretarios del Espíritu Santo, nos describían proféticamente la pasión y muerte de Jesús. Sus voces, melodías gregorianas, o polifónicas de Victoria y de Palestrina.

El Calvario y sus Tinieblas se hacían amables en manos de la Liturgia, de los genios de la Arquitectura, de la Poesía divinamente inspirada y de la Música. Las Iglesias estaban casi vacías. De cuando en cuando, se oía el chirriar y los golpes de las puertas de las cancelas: entraban los devotos a visitar al Señor, encerrado en el Sagrario solemne del monumento convertido en sepulcro.

4º. LA SEMANA SANTA AHORA

a) Mucho han cambiado las cosas desde entonces hasta ahora. Y no me refiero a los cambios de las costumbres que los nuevos tiempos han traído a nuestras calles y plazas; no. Me refiero a los cambios litúrgicos y rituales que se han efectuado en el interior de los templos. La liturgia de la Semana Santa se ve ahora más concurrida. En el Oficio vespertino del Viernes Santo se han destrenzado el rito y la palabra. La palabra a penas va acompañada del rito; y el rito a penas va acompañado de la palabra. Esa liturgia despliega solemne, austera y culta en cualquier parroquia de la Diócesis.

b) También las Cofradías de Semana Santa han aumentado su presencia en nuestras calles y nuestras plazas. Y con la presencia han aumentado también su esplendor. Los desfiles procesionales son como una palabra visible. Insisto: el desfile procesional es una celebración, no es un espectáculo. Quiero decir: que un desfile procesional, en el hondón de su realidad, tiene sentido aun no visto ni contemplado por nadie; es suficiente que los oficiantes – los cofrades, en este caso—pongan corazón y su alma en sintonía con los sentimientos que suscitan la imágenes de Jesucristo y la Virgen María.

¿Quién sería capaz de leer en los pensamientos afectos de Jesús, que iban levantando, uno a uno, la prisión, los malos tratos, las calumniosas acusaciones, la sentencia de muerte, los tormentos, la procesión al Calvario, la cruz, la crucifixión....? Todo ello ocurrió entre el sermón de despedida, durante la Última Cena, y el "Dios mío, Dios mío. ¿por qué me has desamparado?" del Calvario.

Larga despedida; el plomo de sus pies obedecía aquí no a un ánimo temeroso, sino a una voluntad pronta, pero rebosante de afecto a los que dejaba. Despedida varonil; nada de lágrimas. "El espíritu está pronto, pero la carne es flaca", dijo el Maestro a sus discípulos. Porque su carne, como la nuestra, era flaca, pudo tener mortal tristeza, y porque sintió esa mortal

congoja, pudo ser cáliz su pasión. Pero, porque su espíritu estaba animoso, pudo levantar aquel cáliz hasta el cielo.

Junto a El, en el Evangelio como en nuestras procesiones, siempre la Virgen. La liturgia la sigue llamando Virgen dolorosa, dolorosa en superlativo, según el adjetivo latino: *perdolens*.

c) Los nombres con el que el pueblo, instintivamente, ha bautizado las imágenes de Cristo o de la Virgen. Demuestran un profundo sentido humano de generaciones y generaciones de hombre y mujeres. El Cristo de la Agonía, el Cristo de la Buena Muerte, la Virgen de las Angustias, la Virgen de la Soledad.

Es curioso notar cómo algunos de nuestros pensadores han tomado de la región popular estos vocablos, haciéndoles pasar a sus escritos, con inusitada vigencia, para hablar de la trivialidad humana, de la autenticidad personal o de la vida de este mundo. El pueblo ha intuido en un instante las serpientes de significados que los intelectuales han ido sacando de las entrañas de esos vocablos.

El Cristo crucificado, con los ojos mirando al cielo, en actitud de pronunciar su última palabra, es el Cristo de la Agonía. Agonía, es decir, lucha, combate. ¿Hace su última palabra, es el Cristo de la Agonía. Agonía, es decir, lucha, combate. ¿Hace falta recordar a nuestro Miguel de Unamuno?

“¡Se consumói”, gritaste con rugido
Cual de mil cataratas, voz del trueno
Como la de un ejército en combate
--Tú a muerte con la Muerte--

Hay una diferencia entre la muerte de Jesús en la cruz y la muerte de Sócrates bebiendo tranquilamente la cicuta. La maravillosa Apología de Platón es diametralmente opuesta a la maravillosa narración de la Pasión según San Juan. La muerte “el último enemigo” (I Cort. 15,26). Por eso, “Tú a muerte con la muerte”.

O el Cristo habiendo expirado en la Cruz, con la melena cubriendo la mitad de su rostro. El Cristo de la Buena muerte; en vocablo griego, el cristo de la Eutanasias. Pero de la verdadera Eutanasia, en la que se entrega a Dios no sólo lo que poseemos –vestidos. Amigos, padres o hijos- sino que hasta el mismo poseedor se entrega a sí mismo, en lo más íntimo de su realidad: “a tus manos, Padre, encomiendo mi espíritu”. ¡Cuántas cosas nos dice Jesucristo con su silencio! Volvamos a Unamuno:

“¡Lo escrito, escrito está!”, dijo Pilatos
Cuando el cartel sobre tu frente puso.
Y hablas Tú, la Palabra, con tu muerte
Sin ruido de aire, en el silencio negro,
Y dices la blancura de tu vida
De luz que nunca acaba, Cae tu lumbre
Silenciosa en nosotros, copo a copo,
Como la nieve blanca que se posa
Sobre la hierba verde; cae tu sangre
Gota a gota en nosotros; no se escurre,
Y empapa el alma.

5º PARENTESIS SOBRE LA SOCIOLOGIA DEL NOMBRE DE LA VIRGEN

Es una cuestión de hondo calado y muy compleja. Lo cierto es que el ochenta por ciento de la mujeres españolas llevan el nombre de la Virgen o se sus advocaciones. Advocaciones sacadas de la flora ibérica o de las realidades geográficas, durante la Edad Media; Advocaciones teológicas, suplicatorias y contemplativas a partir del Renacimiento. La Semana Santa es pródiga en estas últimas advocaciones.

Edad Media, la Virgen es la Reina de la Flora y de las realidades Geográficas. De la Flora: Virgen del Olivar. Del Romeral, del Brezo, de la Aliaga, del Espino, (Aranzazu en vascuence), del Robledal, del Brezo, de la Mata. Del Castañar, de la Encina y otros muchos más; Realidades geográficas: Virgen del Puerto, de los Llanos, del Valle, del Soto, de la Hoz, de la Muela, del Collado, del Río...Y aun nombres ibéricos, prerromanos, que el latín no pudo desterrar: Virgen del Cerro, del Guijarral, del Páramo o de la Vega. Son millares de imágenes de la Virgen que, durante la reconquista, aparecen ocultas en las extrañas de la tierra que, amorosamente, las acogió. Hay casi una fusión telúrica entre las imágenes de la Virgen y el suelo ibérico. Después, Montserrat, Guadalupe, Almudena, nombres de lugares, han pasado a nombres de mujer. También los accidentes geográficos: Puerto, y entre nosotros, Camino.

A partir del Renacimiento hasta nuestros días empiezan los nombres teológicos, suplicatorios y contemplativos con sus respectivas imágenes Nombres teológicos, suplicatorios y contemplativos con sus respectivas imágenes Nombres teológicos: Concepción, Inmaculada, Visitación, Purificación. Asunción. Nombres llevados a América, y no es casual que la nave capitana de Cristóbal Colón se llamase la "Santa María".

Nombres invocativos: virgen de la salud, del Socorro, de la merced, del Consuelo, del patrocinio, del Amparo, de la Clemencia.

Nombres contemplativos, particularmente promovidos por las innumerables cofradías de la Semana Santa: Virgen de la Piedad (Nuestra Virgen del Camino) de las Angustias, de la Amargura, de los Dolores, de la Soledad. Todas palabras que nos recuerdan conceptos existenciales, auténticos, humanos, de la vida de cada día. Ortega y Gasset andaba a vueltas con el vocablo SOLEDAD. Angustias y Soledad, nombres de mujer española, como nombres de mujer española son también Pilar, Camino, Begoña o Montserrat. Estos nombres han conformado nuestras vidas que no se pueden cuadrar ni procesar. No se pueden catalogar las vivencias y las dolencias, las preocupaciones y las emociones, el sufrimiento y la alegría. No se pueden compulsar las vibraciones del espíritu, cuando el espíritu cree o llora, mirando la imaginería de Cristo o de la Virgen en las procesiones de la Semana Santa.

6º. OTRA VEZ LA NOSTALGIA

Las tardes del Jueves y del Viernes Santos son suaves y melancólicas. Y es que la tristeza de la Pasión se hace amable en la Liturgia o en las devociones populares. Pero la Semana Santa quedaría descabalada. Si no tuviese al final la alegría del Domingo de Resurrección. La angustia humana se convierte en esperanza.

Otra vez, por tanto, la nostalgia de mi niñez. La Ceremonia del encuentro va precedida por la procesión de la Virgen en la alegría de la Pascua.

La Virgen parecía que iba sola. Se baja a veces, como para perderse en el mar de cabezas apiñadas. Se inclina a la derecha y la izquierda profundamente, como si tropezara y cayera. Y el aire se cuaja de aplausos y de gritos, cuando se yergue Ella, soberanamente materna, sobre los hombros de todos los suyos.

El viento matutino trae lluvia de flores en (fragantes) oleadas; una gruesa alfombra de pétalos hacen las calles resbaladizas; rompen las manos en fragorosos aplausos; vibran sin tregua las gargantas en cantos y oraciones; señalando con su índice la imagen, dicen a sus hijos: ¡es la Virgen! ¡es la Virgen!.

La piedad católica –litúrgica o popular—es expresión de lo que se siente, pero es también invitación a sentir lo que se expresa.